

***Bizzarri Gabriele, 'Performar' Latinoamérica.
Estrategias queer de representación y agenciamiento
del Nuevo Mundo en la literatura hispanoamericana
contemporánea. Milán, Ledizioni, 2020***

María Cecilia Graña
UNIVERSITÀ DI VERONA

A partir de las consideraciones de Jorge Volpi en *El insomnio de Bolívar* donde el autor mexicano reflexiona sobre en qué consiste ese “poderoso territorio imaginario que algunos todavía llaman América Latina” (Volpi, pos. 179), Gabriele Bizzarri se detiene a observar la situación de la narrativa latinoamericana que actúa desde zonas laterales y periféricas. El resultado de esa perspectiva le impide configurar la identidad del continente alrededor del homogéneo concepto de Nación y lo empuja, en cambio, a analizar la incoherencia de un territorio narrativo vasto, variado y problemático. Al tratar de encontrar en esta tarea “un contexto epistémico nuevo” (12), Bizzarri se aparta, asimismo, de la idea de ‘novela total’ tan frecuente durante del *Boom*. Se acerca, en cambio, al concepto de lo *queer* al considerarlo útil por ser “un dispositivo universal de contestación de las verdades aparentes mediante la teatralización de los actos institucionales del habla que inventan la realidad social y las posiciones fijas de los sujetos que de ella participan” (126). Con este instrumento de análisis Bizzarri intenta “performar” el orden de un continente que se desvanece frente a los requisitos de unión y coherencia; y a ese espacio simbólico circunscripto de lo incierto por donde circulan variadas existencias atípicas, trata de darle un nombre. Intenta, pues, una nueva fundación de América Latina a partir de lo *queer*, sobrepasando lo sectorial del LGBT y yendo más allá de los modelos que la crítica ha estabilizado

(“transculturación”, “hibridación”, “heterogeneidad”, “mestizaje”), a pesar de que los mismos, de por sí, impliquen un cruce de fronteras.

En un camino lleno de obstáculos y sujeto a refutaciones, el crítico italiano intenta descubrir en lo artístico-literario el proceso de resignificación simbólica de América Latina; para ello observa el montaje diverso que se ha hecho “de las viejas narraciones de la identidad colectiva” (35) –algo que advierte sea en “Loco afán” que en muchas de las palabras de Oscar Amalfitano en 2666 o en *Salón de belleza* de Bellatín–: si en aquellas prevalecía lo edénico, lo natural, ahora surgen interrogaciones sobre “¿dónde acaba un territorio? ¿qué es un cuerpo?” (36).

El autor se centra en la serie de la disidencia sexual porque ve que ésta intenta la ‘localización’ de un signo cuya identidad, paradójicamente, se desplaza constantemente. Y esto le interesa porque el propósito de esa serie, en los últimos años, ha sido el desenfocar ciertos tópicos de lo latinoamericano y construir un código, un lenguaje que, aunque admita provenir de un lugar periférico, al decirse, sale del gueto para manifestar su inconformidad y dar lugar a un oblicuo cuerpo colectivo que rechaza de por sí cualquier intento categorizador. Sin embargo, esa inestabilidad estructural, al dibujar de otra manera el Subcontinente, esconde el peligro de “sistematizar” en la literatura un territorio homosexual transformando el espacio de lo local como el lugar de una ciudadanía *queer*.

La intención de este volumen, es justamente, evitar esto; si bien se apoya en las reflexiones de Foucault sobre los modos de control de la naturaleza humana en las sociedades modernas así como en las elaboraciones críticas de Diego Falconi Trávez y de Gabriel Giorgi que ven la gestión simbólica del homosexual generalmente enfrentada a las narraciones “nacionales” porque el cuerpo homosexual es expulsado de las mismas e, incluso, es visto como algo extraño o extranjero, reivindica, en cambio, desde Deleuze, una “territorialidad deseante” abierta al futuro. Algo semejante a lo que Lina Meruane elabora cuando considera que esa suerte de nomadismo de los “sexo-disidentes” en los primeros años del SIDA en América Latina es experiencia pionera de la globalización que habría de llegar. Por su parte, Reinaldo Arenas al decir que “El homosexual es un ser aéreo, desasido, sin sitio propio.” (46) subraya esa condición de desarraigo de la disidencia sexual pero también del habitante de la modernidad que está ocupando un lugar periférico e, incluso, inexistente.

Así pues, al concepto de género Bizzarri superpone el de *queer* y al intento globalizador de *McOndo* antepone “la loca local” de Lemebel; va, pues, en busca de una construcción cultural abierta y, al ir recogiendo y revisando los discursos fundacionales basados en el concepto de “Nación”, propone una “Nación marica” que contraste con la de las sanguinarias dictaduras de América Latina. En efecto, en los autores *queer* ha habido un intento de resignificar la nación procediendo, al hacerlo, por un lugar incierto y desde dos diversos “desenfoques”, utópicos y

distópicos a la vez.

El autor se esfuerza por superar los binarismos y la tendencia a esencializar con fórmulas diversas todo lo que sea latinoamericano; propone encontrarse en las “identidades paródicas” porque estas no parecen nacer como “respuesta” al relato emanado por el huésped fundador. El concepto de ‘subversión’ utilizado por Butler en su famoso ensayo (*Feminism and the Subversion of Identity*) con el que atacaba la guetización del género, es funcional para nuestro autor pues lo aplica asimismo a prácticas subversivas que, al convertirse en clichés, se vuelven análogas a las fórmulas cristalizadas del latinoamericanismo tradicional. Y le es útil el concepto *queer* por su capacidad dinámica de buscar identidades diferenciadas, impidiéndole caer en una imagen inamovible del continente, si bien arriesga al estar “quizás, mezclando demasiado las cosas” y homogeneizando el conjunto “en la hipóstasis simplificadora de lo ‘mezclado” (27).

Bizzarri sabe que sigue la huella de una serie de proyectos que rechazan las definiciones cerradas como marca específica del territorio americano: se encuentra, por lo tanto, frente a un contexto que rechaza cualquier principio ordenador, y frente a una serie de textos que, por sus propias contradicciones se oponen a una imagen monolítica e inmodificable; esto dificulta la creación de un canon, como ya había evidenciado Cornejo Polar al acercarse, desde un nuevo punto de vista, a los textos de la región andina. Y sin embargo, las embestidas contra todo principio categórico de los proyectos de *Queeramérica* se transforman en un capital porque el espacio “al bias”, donde habita un “tercer género” (Cfr. Ostrov 2008), logra encontrar sugerencias –aunque sea posible reírse de ellas como lo hace Bolaño– en la “quinta raza” de Vasconcelos o en el mestizaje, siempre productivo como tropo porque elude el orden natural y cualquier tipo de unidad, al igual que ese mestizaje “cruzado por el género” de Gloria Anzaldúa. Y siempre para evitar mirar el continente en forma fija e inamovible, Bizzarri recurre al antídoto de la *performance queer* en su versión *drag* –una forma jamás precisada del todo dentro del volumen–, útil para interrogar “un cuerpo identitario doble, cosido, cicatrizado” –tal como lo hizo la performance chilena que replicaba “Las dos Fridas”, el autorretrato más célebre de pintora mexicana, en el que cuestión mestiza lacerada y ambigua resulta un enigma que pide que alguien dé cuenta de él como lo hicieron Lemebel y Casa. La performance aludía a lo artificialmente armado, a un *pastiche* donde desaparecían las dicotomías diluyéndose en el juego entre el original y la copia y en el de una unión *contra natura* que las manos enlazadas y los torsos desnudos de dos hombres sugerían.

El crítico se adentra en su análisis al ocuparse primero de algunos autores como Pablo Palacio (*Un hombre muerto a puntapiés*, con el que se complica la interpretación de las literaturas andinas de Cornejo Polar), José Donoso (*El lugar*

sin límites, ese lugar que un travesti quisiera olvidar al tentar un afincamiento imposible que solo encuentra en la muerte), Ricardo Piglia (*Plata quemada* con personajes inestables; un dúo criminal que, en su anarquía, pone en cuestión cualquier intento unificador y evidencia lo que separa la narración de Estado de la narración marica), Reinaldo Arenas (*Qué trine Eva*, una complicada relectura del destierro a través del travestismo y lo performativo) y Manuel Puig (*El beso de la mujer araña*, donde la reclusión paradójicamente evidencia individuos en un tránsito existencial que pone en cuestión la idea de identidad colectiva para el Subcontinente).

El crítico, a partir de *Viajes virales* de Linda Meruane, va en busca de los textos de Lemebel y parte de *Loco afán*: el Sida sin duda resulta el elemento que amalgama la serie de crónicas dispersas que el volumen recoge; esto no quita que Bizzarri no se interrogue sobre la validez, en este contexto, de la reflexión sobre la identidad latinoamericana; Lemebel pone en evidencia las contradicciones, las “manchas” todavía presentes en la imagen de límpida coherencia neoliberal de América Latina que ciertos sectores insisten en proponer. Y para ello su clara intención es enturbiar las categorizaciones dentro de un Santiago neoliberal a través de personajes que representan “el margen de los márgenes”: prostitutas-travestis indigentes e infectadas cuyo loco afán las empuja a un futuro utópico, por inexistente en el hoy.

Está claro que, al trabajar con un discurso imposibilitado de configurarse en forma unitaria, resulta necesario poner en evidencia la acumulación de fricciones y chirridos de una palabra que, o se articula con una carcajada que ultraja instituciones establecidas, o en la que la grandiosidad, la solemnidad y la gravedad se simulan, constituyen un disfraz. El crítico ve a Lemebel proponiendo un redescubrimiento de América Latina para liberarla de toda retórica purista, “naturalizadora” y de referencialidad mimética (porque el referente, se sabe, no es el que dice de ser) a través de un simulacro *camp*, un artificio como el disfraz del travesti latinoamericano de Madonna.

Mientras la gran mayoría de los críticos han considerado el constructo de lo latinoamericano en la obra de Diamela Eltit como el “más estudiadamente ofensivo”, Bizzarri lo ve, en cambio, como el más dolorosamente testimonial. En verdad, Eltit, Premio nacional de Literatura en 2018 por su novela *Sumar*, desarrolló y continúa haciéndolo, una obra en constante oposición a todo tipo de poder: afirma la condición intransitiva de la literatura en un constante enfrentamiento a las grandes narraciones latinoamericanas basadas en la referencialidad; los textos de Eltit –que constituyen una continuación del Colectivo de acciones de Arte (CADA) que ella lleva a cabo ya desde la dictadura de Pinochet– se fundamentan en lo antimimético, volviendo evidente la utilidad del escenario y la del cuerpo como movilizador de ficciones. En el fondo, el objetivo

político elitiano es desenfocar cualquier imagen fija y ese intento se vuelve su “capital de resistencia”, algo que va más allá del lenguaje mismo –también impregnado de ciertas fórmulas de poder. Si “decir” es ya un intento de fijación, de ese intento se liberan los personajes de la escritora chilena, en fuga de toda forma constituyente y constituida para caer con bastante frecuencia en lo informe del tremendismo y en el *gran- guignol* (la pordiosera abyecta, la niña sin brazos, los siameses etc). En *Cuarto mundo*, la gran novela de Eltit, la indiferenciación genérica se vuelve el asunto central para poner en discusión el individuo y la familia tradicional y, por medio del procedimiento alegórico, se cuestiona y rebaja el grandioso “nacimiento” de la patria criolla al reducir sus mitos y su origen en una imagen esperpéntica.

Resulta pues que, en la lectura que va llevando a cabo el crítico italiano, en Eltit los perjudicados del cuerpo social, que aparecen como monstruos dentro de lo instituido, configuran una imagen de América Latina “teatralmente armada como una displicente exhibición de atrocidades” (131). Y el cuerpo latinoamericano producto de la conjunción de lo europeo y lo americano se vuelve un chirrido, una fricción, una voz disonante simbólicamente representada por los mellizos que, al intercambiarse roles y performarlos van dejando en suspenso la idea de lo Uno para evidenciar no solo la naturaleza *queer* de este intercambio, sino también el abandono de una idea de individuo. Eltit desmonta las amalgamas culturales sobre las que se constituyeron las mitologías de cada nación: ahora el ‘hijo mestizo’ es un cuerpo discapacitado, enfermo, diverso. Y Eltit al perturbar cualquier identificación acaba por poner en acto “el respeto político de los ‘cuerpos que no cuentan”’. (141) La obra de la autora chilena se transforma, pues, en una gran negación de cualquier imagen cristalizada y en una puesta en cuestión del orden simbólico de la novela-nación por excelencia, *Cien años de soledad* al introducir, variándolo y extendiéndolo, el tema del incesto.

En el último capítulo, Bizzarri retoma la perspectiva *queer* en sus fundamentos; evidencia una voluntad de reconstitución abierta a los cambios; y retoma, asimismo, la necesidad de pensar el continente como el lugar periférico desde el cual reflexionar sobre el resto del mundo. Ese doble y contradictorio movimiento visto en y desde la identidad latinoamericana, lo encuentra en la obra de Bolaño, porque el autor chileno, con sorna, evidencia el constructo que une lo histórico y lo local con la narración de una identidad sacralizada y mitificada en la segunda mitad del siglo XX. Como algunos han notado, aunque Bolaño utilice, como hicieron los novelistas del *Boom*, el recurso paradigmático de una ciudad imaginaria, sitúa a Santa Teresa en medio de la infertilidad y el desierto, abandonándola en la incertidumbre, desclasando con ella las imágenes de referencia estables y cristalizadas en la literatura del continente –al punto que los

“críticos” la ven “como un enorme campamento de gitanos o de refugiados dispuestos a ponerse en marcha a la más mínima señal” (Bolaño 2666, 2004:149).

En realidad, la literatura bolañesca al jugar con la ironía, el humor y el sarcasmo frente a todo intento institucionalizador de lo latinoamericano, ve el Subcontinente en un empañado “espejo americano” que refleja “la impostura de un repertorio identitario.” (Bizzarri:154) Y esto, en una novela gigantesca como 2666 se desliza de lo mexicano a lo latinoamericano, para alcanzar otras colectividades y guetos minoritarios de América del Norte. Bolaño mira América Latina desde los lugares menos previsibles; no solo crea personajes que se apartan de cualquier normatividad sexual, sino que intenta que el lector se pierda, se abandone a una condición “de transitoriedad y fragilidad definitivas, sin voluntad de reconstrucción” (157). El crítico italiano define esto como un llamado *queer* porque crea un “centro de precarización universal” (157) donde los que están fuera de todo sistema normativo “pasan a dictar las reglas de juego” (157). Y lleva a cabo una extensa y acabada lectura de diversos textos –novelas y cuentos– de Bolaño en los que prevalece siempre una mirada oblicua, consecuencia de que buena parte de los personajes son desplazados en lugares diversos de aquellos en los que nacieron y, en esto, resulta paradigmático el relato *El Ojo Silva*.

Notable esfuerzo el del autor de esta cuidada edición (solo en la pág.132 se advierte que la cita de un texto de Eltit presenta una fecha de publicación que no está en la bibliografía); llega a puerto seguro en el análisis de los autores que trata, en particular Pedro Lemebel y Damiela Eltit; con Bolaño ese afán de construir una estructura simbólica aplicable a América Latina funciona al jugar en diversos textos con la ambigua semántica de la palabra género, pero no siempre es así. En efecto, Bolaño es un escritor que tiene en cuenta una serie, la de la narrativa latinoamericana cuyo imaginario ha saturado el mercado editorial de Occidente y, al mismo tiempo, quiere sustraer la creatividad del continente al automatismo de la identidad. Para ello repasa y reintroduce el asunto principal en comunidades diversas (incluso en la comunidad de los alemanes nazis que se transfirieron. a América Latina) para concluir leyéndolo en forma paródica: por ejemplo, en algunas colectividades se niega la evidencia de una realidad mestiza y en otras viene puesta en cuestión en cuanto inamovible y cristalizada. Para Bizzarri “el fatal desarraigo (existencial y literario) del sujeto colectivo latinoamericano” (173) conduce en Bolaño, inevitablemente, a una visión policéntrica que se manifiesta en textualidades “diversas y dispersas” congruas con el concepto de lo *queer*. Sin embargo, en otras circunstancias el análisis de la obra del chileno se escurre hacia lindes que desbordan el marco teórico, lo rebasan, dejan de ser pertinentes para lo incierto en relación con lo específicamente latinoamericano, diseminándose en ámbitos que van más allá de un territorio imaginario específico para representar, en última instancia, la precariedad del mundo global contemporáneo.

Bibliografía

- Ostrov, Andrea. 2008. *El género al bies. Cuerpo, género y escritura en cinco narradoras latinoamericanas*. Córdoba: Alción.
- Volpi, Jorge. 2009. *El insomnio de Bolívar. Cuatro consideraciones intempestivas sobre América latina en el siglo XX*. Ciudad de México: Debate (Formato Kindle).